



Un aspecto del acceso a las salas de exhibición del Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro.

Un pueblo construye un Museo para el pueblo

Por Sebastián Salazar Bondy

"Si la correspondencia entre la obra arquitectónica y el ambiente físico que la rodea es siempre un problema de gran importancia, en el caso del edificio del Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro esa condición adquiere mayor volumen, dada la situación privilegiada del lugar en que está siendo construido, en pleno corazón de la ciudad, en medio de una extensa área que en un futuro próximo será un bello parque público, ganado al mar, frente a la entrada de la bahía y rodeado por el más bello paisaje del mundo". Así se expresa el famoso arquitecto brasileño Alfonso Eduardo Reidy, de la que es la obra culminante de un esfuerzo culturizador extraordinario en América Latina. Frente a la herradura marina de Guanabara se alzan ya los tres bloques de líneas plásticas que ocupará el más grande museo artístico del continente, en cuyo diseño y levantamiento, además del propio Reidy, han intervenido Lucio Costa, Oscar Niemeyer y Roberto Burle-Marx, éste último en la tarea de organizar los jardines que rodearán aquel centro de exhibición y fomento estéticos. Como emanando del paisaje y la naturaleza, el bello edificio es una muestra decisiva del avance teórico y práctico de la arquitectura brasileña, pujante competidora de la magnífica arquitectura contemporánea de los Estados Unidos.

Pero éste es el único mérito del Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro. El grupo de personas que en 1948, movidas por el fervor de la señora Niomar M. S. de Bittencourt, se instaló en una oficina modesta y reducida para poner en marcha el proyecto del gran museo sabía que sólo

una constante actividad, una permanente agitación, una infatigable insistencia, podían conducirlos a la realización del sueño inicial. Durante seis años, la señora Bittencourt luchó por la dación de una ley de la Cámara Municipal que cediera los terrenos de la playa de Santa María para los efectos de la construcción y, luego, se entregó a la tarea de financiación, por la que obtuvo diez millones de cruzeiros del Congreso Nacional y otras sumas de particulares, firmas comerciales, empresas industriales y organismos de la banca. Posteriormente, viajó a los Estados Unidos y obtuvo que 50 de las 180 compañías norteamericanas que actúan en el Brasil establecieran una fundación —"Friends of the Museum of Rio de Janeiro Inc."— destinada a proveer fondos para el efecto. A todo esto se añadió la regular contribución económica de 8 mil socios brasileños. La campaña, una década después de emprendida, ha visto florecer el magnífico fruto que se propuso. Un elemento esencial en ella fueron las columnas del "Correio da Manhã", diario del cual es copropietaria la señora de Bittencourt.

Según el arquitecto Reidy —que como sus colegas brindó su trabajo desinteresadamente— el Museo no está concebido como un elemento pasivo, sino como un instrumento de función educativa y significación social: él torna accesibles al público el conocimiento y la comprensión de las más destacadas manifestaciones de la creación artística universal, proporcionando, además, entrenamiento adecuado a un contingente de artistas que, perfectamente integrados con el espíritu de su época, podrán influir decisivamente en el mejoramiento de los padrones de ca-

lidad de la producción industrial. El Museo es lugar de exhibición y de estudio, pues posee salas de muestra, biblioteca, cine, teatro, etc. y una Escuela de Creación Artística dentro de los moldes más adelantados del momento. Son cerca de 9 millones de dólares puestos al servicio de la cultura, que siempre repercute en la elevación del nivel de vida de la masa.

La experiencia ha permitido a los arquitectos emplear el "espacio fluente" en vez del "espacio confinado" tradicional en el planeamiento del Museo. Los materiales de construcción novísimos y las nuevas técnicas determinaron la "estructura independiente" y el "plano libre", es decir, la limitación de la función sostenedora a las columnas, en tanto las paredes, liberadas de su antigua responsabilidad estructural, se constituyeron en elementos móviles, libremente dispuestos de acuerdo a las exigencias del instante. La flexibilidad en la utilización de los espacios —cosa esencial en el Museo— es la característica más destacada de esta casa cultural, de la cual el Brasil se enorgullece justamente. Muchas otras peculiaridades tiene el Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro —que viene a competir con el excelente de Sao Paulo—, pero ninguna tan trascendental como la de que representa el esfuerzo de todo un país por dotar a su capital de una cátedra viva de arte, en donde el pueblo reciba sin pausa las enseñanzas de la pintura, la escultura, la música, el teatro, el cine, etc., de alta categoría, como un alimento sin el cual el espíritu existe yerto, vacío, estéril. Una nación que así actúa es una nación que ya está en los caminos de la historia.